



El mensajero del rey

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

erein

El mensajero del rey

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

Perceval, 5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Ceoro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2012

ISBN: 978-84-9746-749-0

D.L.: SS-798/2012

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.com

www.erein.com

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

El mensajero del rey

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



erein

A Nur

*Esta noticia corrió entre algunos de su gente.
Y entonces un mensajero se dirigió inmediatamente
a Marruecos al rey Sancho y díjole abiertamente:
«Señor rey de Navarra, sabrás bien ciertamente
que pierdes tu tierra y heredad totalmente,
que el rey Alfonso, que tienes por leal pariente,
ha entrado en Navarra con espada y con fuego ardiente.
Pues tal en quien fiabas, sabrás que lo consiente,
y todo tu reino, si no regresas prontamente,
sabrás que lo habrás perdido, pero muy rápidamente.
Y allá no morarás un día, como te vi hasta el presente,
pues has perdido Vitoria, y Álava igualmente,
Guipúzcoa y Amézcoa con lo perteneciente,
y Fuenterrabía, y todo lo concerniente,
y San Sebastián, donde el mar es batiente,
y villas y castillos que no tengo en la mente.
Y si dejas Navarra por la pagana gente,
Dios te escarmentará, al encolerizarle reiteradamente».
El rey, cuando lo oyó, tuvo el corazón más sangrante
que herido por un venablo o por acerado puñal profundamente,
y se fue al rey moro, diciéndole resueltamente:
«Rey, por tu amistad, y por mostrarme complaciente,
y para poner a tus enemigos abatidamente,
he perdido mi tierra, teniendo el corazón doliente,
y deseo retornar enseguida, pues si no lo hago prontamente,
creo que mi reino lo perderá totalmente».
El rey, cuando lo oyó, se lamentó verdaderamente
y le hizo aparejar naves ornamentalmente,
le dio piedras preciosas, oro y plata largamente
y Dios que es poderoso le dio viento favorablemente
para venir a Navarra.*

GUILLERMO DE ANNELIERS (siglo XIII)

I

Marzo de 1199

Un soleado día de primavera, Johan de Isaba, monje del monasterio de Leire, en Navarra, encontró una mariposa muerta cuando recogía hojas de zarzamora para sus compuestos medicinales. Era un mal presagio. Contempló luego el vuelo de las aves durante largo tiempo. Las golondrinas, que por lo general sobrevolaban haciendo círculos y llenando el aire con sus trinos, parecían extraviadas y giraban asustadas en todos los sentidos. Regresó a su celda sin haber llenado su bolsa de hojas, movió el duro catre que le servía de cama y extrajo un rollo de pergaminos del escondite que él mismo había horadado en el suelo, ocultándolo después con una losa; desató la tira de cuero que sujetaba el rollo, extendió los pergaminos sobre la mesa que le servía para elaborar sus preparados y los mantuvo extendidos bajo el peso de dos cantos de río.

Tiempo atrás, siendo todavía un monje muy joven, durante uno de sus paseos en busca de plantas, hojas y cortezas de árbol, penetró, curioso, en una de las cuevas de la sierra. Las cuevas habían sido habitadas por los primeros eremitas y ahora únicamente servían de refugio a los animales en los días fríos. No había mucho que ver allí dentro. El cubículo era pequeño y oscuro,

repleto de telarañas y excrementos de cabra, pero algo le llamó la atención. Un pedacito de cuero asomaba tras una roca. Con un gesto instintivo se agachó para recogerlo, pero estaba aprisionado por la piedra. Johan era un hombre curioso y, aunque en el fondo pensaba que no valía la pena molestarse por un harapo, movió finalmente la roca para liberarlo llevándose una gran sorpresa. Encontró un rollo de pergamino envuelto en un pedazo de piel polvorienta. Su primer impulso fue entregar al abad el asombroso hallazgo para que él decidiera lo que había de hacerse, pero luego lo pensó mejor y escondió el rollo bajo su túnica.

Aquella misma noche, en la soledad de su celda y a la luz parpadeante de una vela, leyó con avidez las palabras escritas con mano temblorosa en la antigua lengua de los navarros, ilegible para cualquiera que no se hubiera criado en su tierra e incluso para los que la hablaban. Al principio le costó entender aquella escritura enrevesada cuyos trazos habían palidecido con el tiempo. La obra se titulaba *Libro de la sabiduría* y había sido escrita más de cien años atrás por un eremita de nombre Xemenó.

Fue para él un aprendizaje emocionante. Cada día esperaba ansioso el silencio de la oscuridad. Fue descifrando lentamente el manuscrito, pasando las noches en vela sin sentir cansancio alguno y llegando incluso a olvidarse de comer, de beber o de rezar. El autor también incluía en su escrito palabras latinas, griegas y árabes. Más de una vez se encontró preguntando sobre

este o aquel vocablo al monje encargado de la biblioteca del monasterio, Basilio, un hombre anciano y erudito que conocía una docena de lenguas diferentes, entre ellas el arameo, la lengua de Jesús.

A veces el temor hacía presa de Johan y juraba entregar los pergaminos al abad al día siguiente, pero el descanso despejaba su mente y renovaba su curiosidad. A medida que el escrito se le hacía familiar, iba adentrándose en un mundo desconocido y apasionante. Xemeno describía las diversas formas utilizadas por los antiguos para predecir el futuro. Recordó haber leído que los romanos no emprendían ninguna obra, construcción, ataque o conquista sin antes haber consultado los oráculos. Cuando llegaron a tierras navarras, también solicitaron los servicios de los agoreros vascones, famosos por sus predicciones. Tal vez, se dijo, él descendía de alguno de aquellos adivinadores y por eso sentía la necesidad de continuar la lectura del manuscrito a sabiendas que estaba haciendo algo incorrecto. Aprendió a leer en las estrellas, interpretar los sueños, escuchar el sonido del viento y descifrar el enigma de las telas de araña. Aprendió, asimismo, el uso de la vara del avellano para encontrar pozos de agua y metales enterrados y también el antiguo arte de lanzar al suelo guijarros pulidos, pintados por una de las caras, y leer en ellos la respuesta a sus preguntas.

Entre recetas y enseñanzas, aparecían a veces frases enigmáticas, difíciles de comprender, ajenas por completo a los temas tratados. Tardó algún tiempo

en darse cuenta que la respuesta la tenía en el propio título del manuscrito, *Libro de la sabiduría*. ¿Podrían ser aquellas frases incoherentes vaticinios reales? Y en caso de serlo, ¿se habrían ya cumplido o estaban por llegar? Excitado, rebuscó entre los cientos de documentos y crónicas apilados sin orden en los anaqueles de la biblioteca, una de las más famosas de los monasterios hispanos, alabada incluso por San Eulogio de Córdoba en su famoso viaje por los conventos hispano-cristianos cuatro siglos atrás. Centró su interés en los últimos cien años pensando con buen criterio que, si en verdad se trataba de profecías, éstas no podían ser anteriores a la propia existencia de su autor y trató de identificar algunas de las enigmáticas frases con acontecimientos importantes de la historia del reino de Navarra durante el último siglo. La tarea de relacionar hechos y frases resultó ser un trabajo arduo. Daba la impresión que Xemenó había escrito sus predicciones sin orden, tal y como se le habían ido ocurriendo o como le habían sido inspiradas.

En una ocasión preguntó a Basilio si había oído hablar del desconocido monje escritor, y el bibliotecario le dirigió una mirada extraña.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió éste a su vez.

—He visto su nombre repasando la historia del monasterio —mintió descaradamente—, dice que el tal Xemenó escribía libros...

—Escribió uno que fue condenado por la Iglesia.

—¿Era un hereje?

—Era un falso profeta —y como si la cara sorprendida de su interlocutor al decir esto hubiera borrado toda sospecha, continuó—, él ya era muy viejo cuando mi antecesor llegó a Leire como novicio. Según me relató, su aspecto era el de un hombre poseído por las fuerzas del Mal. Andaba de un lado para otro augurando calamidades y diciendo cosas incoherentes. Fue condenado a pasar sus últimos años en soledad, en las cuevas de la sierra, y su libro fue destruido.

—¿Qué decía? —preguntó Johan.

Las facciones del monje se endurecieron y la sospecha brilló de nuevo en su mirada.

—Nada que pueda importar a un cristiano honrado.

El viejo bibliotecario dio por zanjada la cuestión y lo dejó con las ganas de seguir preguntando. Esta conversación reafirmó la decisión de Johan de no entregar el manuscrito al abad aunque su alma estuviera en pecado y corriese el peligro de ir derecho al infierno si moría, Dios no lo quisiese, en aquel preciso instante.

Al igual que muchas otras obras, el libro de Xemenó debía haber sido destruido. La Iglesia consideraba cosa del diablo todos los medios de adivinación y había condenado severamente las prácticas de los agoreros, magos, videntes, gitanos y de todas las gentes dedicadas al antiguo arte de leer el futuro. Pero para Johan aquellos escritos eran una joya de igual o mayor categoría que la arqueta árabe de marfil con

el nombre de Alá grabada en ella, la pieza más valiosa de todas las que se guardaban en el monasterio.

Había pasado mucho tiempo desde entonces. Era viejo, muy viejo, para no saber que si los tiempos eran malos, pronto serían peores. Los presagios, las señales enviadas, eran ya demasiados para ignorarlos. Las tierras se secaban antes de que los frutos germinaran; los animales vagaban escuálidos por los campos y sus dueños parecían sus propias sombras. Nada había vuelto a ser lo mismo desde los gloriosos tiempos en los que el rey Sancho el Mayor reinaba en la tierra de Navarra. Las crónicas hablaban de él con admiración, reseñando sus gestas y sus conquistas y aún se le recordaba después del siglo y medio transcurrido desde su muerte. El hambre, la guerra, las epidemias y la muerte, los cuatro jinetes del Apocalipsis, habían sembrado el terror entre los humildes, cada día más pobres, mientras los poderosos eran cada vez más ricos.

Todo esto estaba escrito en el *Libro de la sabiduría*. Johan de Isaba lo veía más claro a medida que los versículos se le hacían familiares. El eremita había descrito con gran clarividencia los hechos que habían jalonado la historia de Navarra durante los últimos ciento cincuenta años: muertes, batallas, pactos... De acuerdo con la cronología de Xemeno, la siguiente profecía correspondía al reino del rey Sancho, séptimo de su nombre, llamado El Fuerte, iniciado tan sólo seis años atrás: «El águila negra emprende el vuelo y su nido queda a merced del león».

El águila negra era el emblema que aparecía en el sello y en el escudo del rey navarro; el león era la marca de Castilla. El monje chasqueó la lengua, llenó de agua una pequeña marmita, la puso encima del hornillo utilizado para preparar los medicamentos y esperó.

El rey Sancho había heredado la corona a los cuarenta y seis años. Era alto, altísimo y también muy fuerte, de ahí su apodo. También se decía que éste le venía de sus hechos de armas en Aquitania y la Gascaña en apoyo de su cuñado Ricardo, casado con su hermana Berenguela. De todos modos, un hombre que casi doblaba en altura la media de sus súbditos no podía ser como los demás. Algunas gentes del pueblo decían que era en realidad descendiente de los gentiles, los seres gigantescos que vivían en las montañas antes de que los hombres poblaran la Tierra y de los cuales aún quedaban vestigios en muchas zonas, como en el prado de Alotza, en Aralar, en donde podía verse una peña lanzada por un gentil desde el monte Murumendi.

Johan se sonreía y no decía nada cada vez que oía a algún joven novicio hablar de aquellos seres fabulosos. Don Sancho era ciertamente un personaje extraordinario, pero era un ser humano como todos los demás adornado con mil prendas, algunas reales, otras no, por la gente sencilla. A él le preocupaba mucho más el hecho de que no hubiera un heredero legítimo a la vista. La reina doña Constanza había muerto sin haberle dado un heredero. El futuro, al

igual que el cielo que acababa de cubrirse de nubes amenazadoras, no auguraba nada bueno. Si Dios decidía llevarse al rey sin dejar sucesión, la tierra de los vascones iría a parar a manos extrañas. Desaparecería al igual que había desaparecido el reino de Pamplona ciento veinte años atrás para renacer ochenta después, mutilado y expoliado, bajo el nombre de reino de Navarra.

Johan de Isaba retiró el pucherillo del fuego y vertió el agua en un cuenco en el que previamente había echado una mezcla de hojas y semillas guardadas en un tarro de barro. Se sentó en el suelo con el cuenco entre las manos y contempló ensimismado el movimiento de las hierbas mientras aspiraba el vapor impregnado de un fuerte aroma. Cerró los ojos y se concentró en la operación. Los vahos despejaban su mente de manera extraordinaria y le permitían pensar con incomparable claridad. Era algo que también había aprendido en el *Libro de la sabiduría*. En más de una ocasión, llegó a pensar que Xemeno había utilizado aquel método para redactar su escrito. La noche se volvía día; los problemas más complicados se convertían en simples rompecabezas de fácil solución; se olvidaban los asuntos triviales para centrarse únicamente en los importantes.

Aquella noche, la meditación del monje duró más de lo acostumbrado y el alba lo pilló aún enfrascado en ella. El sonido de la campana del monasterio llamando a prima, la primera oración al despuntar el día, le volvió a la realidad. Seguía sentado en la misma

postura, con el cuenco entre las manos. Se levantó con dificultad, los miembros agarrotados por la larga vela.

—Ah, Johan... —se dijo a sí mismo en voz alta—, tu miserable cuerpo no aguantará ya mucho tiempo más.

Enrolló nuevamente los pergaminos y los guardó en el escondite. ¿Qué sería del *Libro de la sabiduría* si en algún momento inesperado, como siempre era el momento de la muerte, Dios lo reclamaba a su presencia? Durante todos aquellos años había estado varias veces tentado de compartir su secreto con alguno de los monjes. Había sopesado los pros y los contras y, sobre todo, había examinado minuciosamente a sus compañeros, poniendo especial atención en los más jóvenes, pero no había hallado en ninguno de ellos a la persona idónea en quien confiar. Sin embargo, el tiempo apremiaba. Antes o después tendría que buscar a alguien. No podía dejar que la valiosa obra de Xemenno cayera en las manos de cualquier cabeza loca o fuera a perderse, como tantas otras, en los anaqueles de la biblioteca, en donde acabaría roída por las ratas o convertida en polvo.

Acudió tarde a la oración. Los monjes llevaban ya rato entonando los salmos antiguos cuando él penetró en la capilla y fue a ocupar su sitio. Estaba seguro que nadie se lo tendría en cuenta porque era viejo y porque todo el mundo sabía que perdía la noción del tiempo cuando se hallaba sumido en la elaboración de los preparados medicinales, que tanta fama habían

dado al hospital del monasterio y cuya farmacia apenas lograba abastecer las peticiones llegadas desde todos los rincones de Navarra.

De regreso a su celda, Johan de Isaba asió el cáalamo, lo introdujo en el tintero de piel y escribió un mensaje sobre un pequeño trozo de pergamino fino, lo enrolló, lo lacró y se dirigió al palomar. Tardó en encontrar la paloma que buscaba, una con una cinta roja alrededor del cuello, y ató el mensaje a su pata derecha.

—No te extravíes ni te dejes atrapar por un halcón —le dijo, acariciando sus alas antes de lanzarla al vuelo.

Estuvo observando durante un rato cómo la paloma remontaba hacia el cielo, daba varias vueltas por encima de su cabeza y se perdía en dirección a la sierra.